

Edición N° 56 - diciembre 2009

Juventud y Políticas de Inclusión: la Cultura como herramienta

Por Cecilia Casablanca

Cecilia Casablanca. Licenciada en Trabajo Social UBA. Becaria UBACyT. Docente de la carrera de Trabajo Social UBA. Maestranda en Comunicación y Cultura, Facultad de Ciencias Sociales UBA.

Introducción

Si bien la visión hegemónica vinculada a la concepción de las políticas sociales suele reducir sus intervenciones a la provisión de bienes y servicios a los más desfavorecidos, el impacto de la política social no se agota en lo meramente redistributivo, sino que ejerce un rol estratégico en la estructura del mercado de trabajo, regulando la fuerza de trabajo, sus condiciones y los usos que de ella se hagan **-1-**.

De acuerdo a esta concepción, el modelo de acumulación determina la orientación de la política social y esta media entre el modelo de crecimiento y el impacto que este tiene en el mercado de trabajo. Cada estrategia de crecimiento presupone una determinada pauta distributiva y acuerda con determinados intereses y proyectos políticos e ideológicos propios y de los aliados. Sin desconocer las relaciones de fuerza y la capacidad de incidencia de los diversos actores involucrados, las intervenciones sociales han tendido históricamente a la regulación del conflicto social.

En la actualidad los distintos modelos de protección social remiten, en mayor o menor medida, a las diversas tradiciones en la forma de operar la cuestión social. En tanto no existe un solo modelo, se distinguen diversas variantes institucionales que remiten a los diferentes regímenes de Estado de Bienestar, implicando cada uno de ellos diversos arreglos operativos entre el Estado, el mercado y las familias.

Siempre igual, todo lo mismo: las políticas para los jóvenes

De acuerdo a los estudios existentes, se observa que los programas destinados a jóvenes en situación de pobreza y con bajos niveles educativos, implementados durante los 90 que intentaron facilitar los procesos de inserción laboral centrando la intervención en acciones de capacitación, obtuvieron un impacto de poca relevancia. **-2-**

Las teorías económicas que sustentaron este tipo de medidas se inscribieron en el marco del pensamiento neo clásico, que afirma un tipo de relación lineal entre la educación y el empleo. Puntualmente teorías como la del Capital Humano cuenta entre sus presupuestos la idea de un funcionamiento de mercado homogéneo y sin barreras, donde los individuos compiten libremente de acuerdo a sus capacidades cognitivas.

Tiempo después, y fundamentalmente en el marco de emergencia vivida durante la pos crisis, el enfoque mencionado se vio complementado por la teoría del Capital Social que promovía diversas estrategias de autoempleo, entre las que se destacaba el enfoque del emprendimiento, cuyo sujeto emprendedor debía desarrollar actividades productivas sustentables, preferentemente con carácter asociativo, que se orientaran a demandas de tipo local.

De este modo los cuadros de situación dan cuenta de tres modelos de políticas destinadas a los jóvenes pobres: el modelo tradicional basado en un diseño vertical, donde las medidas para

abordar a la juventud son solo una parte de acciones mas amplias tendientes a reducir la pobreza y superar vulnerabilidades en amplios sectores de la población; el modelo transicional donde los jóvenes son vistos como sujetos de problemas que amenazan el orden social o desde el déficit en las manifestaciones de su desarrollo; y el llamado modelo avanzado, «orientado al empoderamiento como ciudadanos y actores estratégicos del desarrollo». -3-

Cabe aclarar que de los estudios regionales existentes se desprende que lejos de haber sido una modalidad exclusivamente nacional, a lo largo de los diferentes países latinoamericanos se han implementado programas, muchos de ellos financiados por organismos internacionales de crédito, destinados a jóvenes en situación de exclusión social, que en todos los casos tienden a naturalizar la situación de fuerte desigualdad existente.

Esta perspectiva que contempla la lucha contra la pobreza sin modificar la cuestión distributiva, se basa en el supuesto mencionado de una mayor competitividad en el mercado, proponiendo «poner en valor» los conocimientos de los sujetos, fomentando una «actitud pro activa», y «buscando yacimientos o nichos de empleo» donde insertar a los que darwinianamente demostraran ser los mas aptos. Esta lógica empresarial se encuentra sustentada en la idea de usuarios y demandas, donde el desempleo por falta de calificación termina ocultando una fuerte estigmatización de la población menos favorecida.

De este modo desde una perspectiva un tanto reduccionista que solo contemplaba la integración desde el trabajo, sin visualizar otro conjunto de necesidades propias de los jóvenes, los programas de capacitación buscaron dar respuesta al supuesto de que la necesidad central era la de integrarse a la sociedad asumiendo las responsabilidades de la vida adulta.

Por su parte desde una lógica profundamente paternalista y tutelar, desde lo discursivo y lo normativo se asumía a los jóvenes como sujetos de derechos y actores estratégicos del desarrollo, sin dar demasiada cuenta de las implicancias y las medidas que se deberían tomar para materializar la norma en la realidad de los jóvenes pobres. Así las políticas juveniles fueron criticadas por la falta de visión estratégica, la alta segmentación y baja coordinación, así como por su carácter escasamente participativo, su discontinuidad y la predominancia de un enfoque asistencial y de coyuntura. -4-

De este modo en función de la idea de partida que indicaba a la calificación de la fuerza de trabajo como garantía del ingreso al mercado laboral, los estudios realizados muestran que en general las políticas destinadas a los jóvenes expresaron sus acciones en las siguientes direcciones: la ampliación de la cobertura del sistema institucional de educación y formación para el trabajo; la implementación de oficinas de vinculación entre la oferta y la demanda (bolsas de colocación); el fomento del autoempleo y apoyo a micro y pequeños emprendimientos; y los estímulos fiscales para las empresas que contrataran jóvenes.

Ahora bien, una vez pasada la emergencia, entre los varios programas diseñados desde el ámbito gubernamental, se implemento el Programa Incluir: «Proyecto Nacional de Inclusión Juvenil», iniciado durante el 2004, en base a financiamiento del Banco Interamericano de Desarrollo. El mismo se orientaba a jóvenes de 18 a 25 años que se encontraran en situación de vulnerabilidad y exclusión social.

Si bien el programa mostró avances respecto del enfoque utilizado, observándose una mayor integración social y cultural, así como posibilitando el desarrollo de una mayor institucionalidad vinculada al sector, continuó con el diagnostico sostenido durante los 90 que centraba la causa del desempleo en una carencia de tipo formativa. En este marco se destaca el hecho de que los

jóvenes evaluaban positivamente la búsqueda de estrategias de inclusión que no solo tomaran la esfera productiva, sino que incluyeran acciones de tipo social y cultural. Puntualmente las evaluaciones daban cuenta de una demanda que instaba a una política que contemplara «la construcción de un proyecto personal y no solo laboral». -5-

Cabe señalar que estos mismos estudios muestran que la participación en los cursos y capacitaciones no generaron cambios sustantivos en el plano laboral de los jóvenes participantes, en parte por la inexistencia de un incremento significativo en la oferta de puestos de trabajo del lugar; al mismo tiempo que la revisión de experiencias previas muestra que los microemprendimientos, vistos como espacios generadores de ingresos significativos y de trayectos laborales de calidad, son excesivamente limitados.

Por último el programa que había sido diseñado para trabajar con las organizaciones sociales y las organizaciones no gubernamentales, como forma de acercamiento a la población a la que se buscaba beneficiar, se encontró con que la mayor parte de las organizaciones no cuenta con jóvenes en su estructura. En general se trata de organizaciones que trabajan para los jóvenes y no con o desde los jóvenes, dato que estaría dando cuenta de la falta de apropiación por parte de los beneficiarios de muchas de las propuestas existentes.

De acuerdo a algunos autores este tipo de distanciamiento por parte de los jóvenes respecto de aquellas acciones y organizaciones que buscan incluirlos, se explican en la crisis de representación y los procesos de descreimiento de la política como herramienta de transformación que estos conllevaron. -6-

A su vez ese proceso encuentran su origen en el debilitamiento de los partidos y el descreimiento de muchos de los canales de participación existentes, que en la práctica terminan siendo considerados formales y ficcionales, expresando así un bloqueo para muchas de las demandas de participación auténtica. En este marco, Balardini sostiene que las relaciones interpersonales ya no se sustentan en contratos políticos o ideológicos sino en la acción de una «comunidad emocional» canalizada por actividades como pueden ser el fútbol o el rock, entre otras. -7-

Cabe decir que este proceso de despolitización impacta de un modo directo sobre las condiciones de desprotección y exclusión de muchos de los jóvenes pobres, ya que la posibilidad de transformar un problema en problema social se encuentra íntimamente ligado a la posibilidad de construir colectivos que sean capaces de posicionarlo en la agenda pública. En tanto de esta definición, y como resultado de un juego de poder, se desprenden las políticas y los programas que luego se implementaran, no es difícil visualizar los límites de aquellas que no encuentran interlocutor, ni logran conformarlo.

Prácticas culturales que dan razones políticas

En función de lo expuesto resulta sumamente necesario sumar alternativas de integración que permitan trabajar de un modo transversal con la población joven en situación de gran vulnerabilidad social. Lejos de generar debates que impliquen la elección de una u otra alternativa de manera excluyente, este artículo pretende plantear las posibilidades que brindan aquellos recursos del ámbito artístico cultural que puedan colaborar en la conformación de espacios de socialización e intercambio, que permitan transmitir pautas de continuidad y compromiso con una tarea, así como la valoración de las capacidades y la creatividad tanto individual como colectiva, a los fines incluso de sumar en un mayor y mejor sostenimiento de otras políticas de inclusión.

En la actualidad la experiencia cultural de los jóvenes de menores recursos se encuentra profundamente limitada a las industrias culturales existentes que modelan un tipo de percepción

y acción de subordinación, y a una dinámica del consumo basada en fuertes componentes de estigmatización y discriminación. Ambas prácticas tienen importantes consecuencias en el desarrollo de estos jóvenes y en la interacción con el medio en el que estos se desenvuelven. Por tanto ampliar las posibilidades del campo cultural en las experiencias cotidianas de estos sujetos, tiene impactos directos no solo sobre el sujeto involucrado sino también sobre los grupos de los cuales forma parte.

Por tanto ampliar lo cultural implica buscar mecanismos alternativos potentes que puedan interpelar a los jóvenes con mayor desafiliación desde otros espacios, motivando entre otras cuestiones actitudes críticas frente al orden que los perjudica. En ese marco encontrar los recursos que permitan desarrollar prácticas creativas y expresivas sostenidas en redes de tipo colectivo se encuentran en sentido estrictamente contrario a las consecuencias generadas por las dinámicas de individualización acontecidas.

Son numerosas las experiencias territoriales que logran un anclaje en la población joven mas perjudicada a partir de diversas actividades artísticas como el teatro comunitario, el cine, la música u otras variables, generando espacios de encuentro con jóvenes muchas veces desligados de los centros institucionales mas tradicionales como la escuela o el mercado de trabajo. Obviamente estas experiencias tienen innumerables limitaciones y requieren de la interacción con otras medidas de revinculación y protección generalmente asociadas al ámbito asistencial, sin embargo la posibilidad de acercar a la población joven un instrumento que los motive y aglutine puede ser el primer paso para la posterior intervención con medidas mas integrales.

Por otra parte y ahora sin pensar en objetivos meramente instrumentales, es conveniente revisar el lugar y la importancia de este tipo de actividades en el desarrollo de adolescentes y jóvenes. Varios autores consideran que parte del problema que deja la crisis de la sociedad salarial, remite a que en tanto el trabajo se erigió como el eje de la organización social privilegiado, se naturalizó la idea de que las actividades recreativas fueran un complemento de ese trabajo, quedando este último altamente catalogado como un deber moral y un fin en si mismo, mientras que el ocio se degradaba como una forma de haraganería y complacencia.

En tanto el tiempo se reparte entre el trabajo asalariado; el trabajo no asalariado y el ocio, dentro del cual se ubican las actividades recreativas, los estudios indican que en sociedades como la nuestra la gente dedica mas de la mitad de su tiempo libre a trabajar. Esto expresa que el tiempo libre realmente destinado al ocio es un tramo muy acotado, ya que en el se realizan numerosas actividades como el trabajo doméstico y la administración familiar, el descanso, la satisfacción de las necesidades biológicas, la sociabilidad, y las actividades miméticas o de juego, entre otras. En tal sentido todas las actividades recreativas son de tiempo libre, pero no todas las actividades de tiempo libre son recreativas.

El panorama se agudiza cuando se observa la desigualdad en el acceso a estas actividades de acuerdo al estrato social al que se pertenezca. En tanto las políticas orientadas al problema de la pobreza suelen tener pisos bastante limitados a la reproducción inmediata de los que la padecen, difícilmente suelen contemplar necesidades mas integrales de los sujetos beneficiarios.

Sin embargo, en el caso que nos ocupa de acuerdo a Norbert Elias en términos generales las personas para vivir en sociedad requieren del establecimiento de rutinas, definidas estas como los canales recurrentes de acción, impuestos por la interdependencia de unos y otros, y que a su vez imponen sobre el individuo un alto grado de regularidad, constancia y control emocional en la conducta. Paralelamente este control necesario para vivir en una sociedad bloquea otros canales de acción, aun cuando estos correspondan mejor al estado de ánimo, los sentimientos y las necesidades emocionales del momento.

Así la búsqueda de emoción en las actividades recreativas es la contracara del control y las restricciones de lo emocional en la vida cotidiana. Actividades como el deporte, el teatro y la fiesta entre otros, cumplen funciones de estabilidad y control de la emoción, ya que esas experiencias des-rutinizan y des-controlan las restricciones sobre las emociones dentro de un marco permitido, lo que admite desafiar normas sin poner en riesgo la subsistencia propia y de terceros -8-.

Por el contrario la falta de equilibrio entre los diversos tipos de actividades, sostiene el autor, entraña un empobrecimiento humano y un agotamiento de las emociones que afecta a toda la personalidad. Esta cada vez mayor imposición de restricciones y controles sobre los individuos sin ámbitos de expresión y creatividad que equilibren termina teniendo secuelas de gran negatividad que opacan las mismas funciones positivas para las que se crearon las normas de convivencia social.

Si se aborda puntualmente la cantidad de tiempo y la diversidad de espacios de recreación y ocio a los que acceden los jóvenes de los sectores populares se vislumbra la gravedad del asunto en tanto la ausencia de este tipo de canales contribuye a retroalimentar el circuito donde el consumo es la única variable de pertenencia. Al tratarse de un tipo de «pertenencia» basado en la mercantilización y la competencia, generan secuelas irreparables para el futuro de estos jóvenes y su inserción en el conjunto social.

De este modo si bien ninguna práctica artístico cultural puede modificar situaciones de fuerte deterioro social, ya que estas solo pueden ser abordadas desde medidas macroeconómicas redistributivas, si permiten enfrentar ciertos procesos de aislamiento e individualización que contribuyen a la naturalización e interiorización de las realidades de marginación en las que se encuentran.

Obviamente aquí se sostiene la existencia de una estrecha relación entre la posibilidad de un cambio social y el tipo de imaginarios, representaciones y prácticas que las personas lleven adelante. Tal como se ha mencionado la posibilidad de participar en colectivos que reconstruyan vínculos sociales, vayan contra las actitudes de pasividad y resignación, y acuerden necesidades e intereses de un determinado sector es requisito obligado para la disputa de un determinado problema social y el posicionamiento del mismo en la agenda pública. Con esto no se está queriendo decir que desde actividades artístico culturales en territorios marginados se puedan ubicar en la agenda pública problemas sociales, sino más bien que el conjunto de esas prácticas genera dinámicas de intercambio y recolectivización que sedimentan la base para cualquier construcción e intercambio.

Por su parte si se considera a la hegemonía como un proceso dinámico que no solo implica adaptabilidad sino que también puede oponer resistencia, se puede pensar que en el marco de esas prácticas, los jóvenes pueden desacralizar la práctica del consumo revalorizando formas y valores propios. En términos socio políticos una acción en este sentido implica disputar el monopolio de «lo legítimo» a la cultura dominante, en tanto si «el arte por el arte» y «el gusto desinteresado» fue el modo de la burguesía de fijar el modo «correcto» de apreciar lo artístico, se puede pensar que aquellas estrategias que revinculen lo artístico con lo social y lo político se encuentran reposicionando a aquellos sectores ubicados en los márgenes del esquema hegemónico.

En tal sentido si el consumo se asienta sobre una creciente uniformidad tras la apariencia de la diferencia y la libre elección, la dinámica contraria sería la promoción de un juicio crítico que vaya contra el conformismo y las dinámicas de mercantilización.

Por tanto no se trata de resignarse a la expulsión del mundo del trabajo, ni negar la centralidad

del mismo, sino de propiciar espacios alternativos que revinculen y fortalezcan lo colectivo, en pos de reconstituir el poder de los sectores populares.

Obviamente la magnitud y la complejidad de la problemática no permite hablar de certezas, sino en todo caso de introducir nuevas preguntas que abran a nuevos desafíos, incorporando e integrando elementos que generalmente tienden a ser tratados de un modo fragmentario y desarticulado.

Bibliografía:

- Balardini S. «Jóvenes, tecnología, participación y consumo». Texto digital
- Barbetti, Pablo: «Programas socio laborales juveniles y Desarrollo Local». Análisis de una intervención en el Gran Resistencia (Chaco) desde las opiniones y valoraciones de los actores locales. (Texto digital).
- Elias N., Dunning E. «Deporte y ocio en el proceso de la civilización». Ed. F.C.E., Mexico.
- Marshall A. «El mercado de trabajo en el capitalismo periferico. El caso de Argentina»
- Vallone Miguel, «Conceptos de pobreza y marginalidad en las Ciencias Sociales». Ficha de cátedra Problemas Sociales Argentinos, Carrera Trabajo Social, UBA.
- Valverde Biseca, K. «Políticas de Juventud para el avance educativo y la generación del empleo: las paradojas del caso mexicano». (Texto digital).

NOTAS

- 1-** Marshall A. «El mercado de trabajo en el capitalismo periferico. El caso de Argentina»
- 2-** Barbetti, Pablo: «Programas socio laborales juveniles y Desarrollo Local». Análisis de una intervención en el Gran Resistencia (Chaco) desde las opiniones y valoraciones de los actores locales. Texto digital.
- 3-** Valverde Biseca, K. «Políticas de Juventud para el avance educativo y la generación del empleo: las paradojas del caso mexicano». Texto digital.
- 4-** Op. Cit. 3
- 5-** Op. Cit. 2
- 6-** Vallone Miguel, «Conceptos de pobreza y marginalidad en las Ciencias Sociales». Ficha de cátedra Problemas Sociales Argentinos, Carrera Trabajo Social, UBA.
- 7-** Balardini S. «Jóvenes, tecnología, participación y consumo». Texto digital
- 8-** Elias N., Dunning E. «Deporte y ocio en el proceso de la civilización». Ed. F.C.E., Mexico.